

— Os pido de nuevo me dispenseis por mi indiscrecion, y os repito las gracias por vuestra amabilidad.

— ¡Y bien, caballero! si es cierto que os creéis algo obligado por mi amabilidad, permitid ponga á ella un precio.

— ¿Cuál?

— Que rogueis á Dios conmigo para que jamás tenga yo que tocar á esta espada mas que para satisfacer la curiosidad de los extranjeros que quieran honrar con su visita la pobre morada del verdugo de Heidelberg.

Ví que habia llegado el momento de retirarme. Hice al señor Widemann la promesa que me pedia, le saludé y salí.

Era aquella la primera vez que habia tan completamente divagado, sin encontrar en una conversacion de media hora, una sola ocasion de tomar la revancha.

Por lo demás, no por eso dejé de cumplir al señor Widemann la promesa que le habia hecho, y sin duda ha sido eficaz nuestra comun plegaria, porque no he oido decir que desde mi visita haya tenido necesidad de desoxidar su espada.

## HEIDELBERG.

En esta ciudad universitaria volví á ver los rostros de estudiantes; eran absolutamente iguales á los de Bonn; lo que constituye entre ellos las diferencias de fisonomías, es la diferencia de las pipas.

Era hora muy á propósito para visitar las ruinas antes de almorzar. Me puse, pues, á trepar por la montaña, y al cabo de un cuarto de hora, estábamos en el patio del castillo palatino. Como Koenigstein es tambien una ruina de nuestra época, solo que esta data de Luis XIV, y se remonta á la guerra del Palatinado; es ciertamente una de las mas hermosas y pintorescas que existen.

El interior del castillo (porque algunas habitaciones están todavía cerradas y habitadas) conserva dos cosas curiosas, una para los anticuarios, la

otra para los bebedores : estas dos cosas son el gabinete del señor Carlos de Graitenberg y el gran tonel de Carlos Teodoro.

Hace treinta años que el señor de Graitenberg entró en las ruinas de Heidelberg con intencion de verlas; detúvose en ellas todo el dia, y volvió al siguiente y aun al otro, hasta que al fin descubrió una especie de habitacioncita, desde cuya ventana se gozaba una vista tan hermosa, que pidió permiso para llevar allí una cama. Desde aquel tiempo la habita.

Desde entonces, con una paciencia maravillosa, el señor Carlos de Graitenberg ha reunido todo lo que hacia relacion al castillo y á la ciudad de Heidelberg : libros, grabados, cuadros; tanto, que su gabinete, ensanchado hoy con otras tres ó cuatro habitaciones, se ha convertido en una verdadera galería, que él se apresura con extremo agrado á enseñar á los viajeros.

En cuanto al gran tonel, la historia es mas larga, porque es la de toda una dinastía; hubo un gran tonel I, gran tonel II, gran tonel III, y gran tonel IV.

Gran tonel I debió su nacimiento á Juan Casimiro, por sobrenombre el Piadoso. Un dia que desde lo alto de la azotea del castillo, se perdía su vista en aquellas llanuras y colinas cubiertas completamente de cepas, se le ocurrió la idea de construir, como

Horacio, su monumento. Este monumento fué el gran tonel.

Juan Casimiro llamó á todos los toneleros que habia en su capital, y les declaró queria un tonel como no se habia visto jamás; por consecuencia les dió carta blanca, y les abrió sobre su tesoro un crédito ilimitado. Los artistas, picados en su honra, tomaron informes sobre lo que existia mejor en su género. Habiendo sabido que lo mas célebre eran las pipas flamencas que contenian treinta ó cuarenta mil botellas, se encogieron de hombros y se pusieron á la obra. Al cabo de seis meses, los toneleros invitaron á Juan Casimiro á que fuese á ver su obra, á la que acababan de dar la última mano. El gran tonel contenia ciento cincuenta mil botellas.

Juan Casimiro quedó tan satisfecho de aquello, que calculando que no podia hacer cosa mejor, tomó el partido de morir, para quedar con su gloria.

Los entusiastas que despues de haber admirado la obra, quisieran tener una idea del que la ha ejecutado, encontrarán su estatua en el patio del castillo, en el piso interior de la capilla edificada por su sobrino; esta es la estatua cuya cabeza separada del tronco está inclinada hácia el fondo del nicho.

Una miserable bala de cañon lanzada de una batería sueca le puso en este triste estado, el año

de gracia de 1633 de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo.

Desgraciadamente sucedió al tonel de Juan Casimiro lo que sucede á todas las cosas humanas; los sucesos políticos hicieron se apartasen los ojos de él, se olvidaron llenarle; se secó, se hundió, y estalló; de modo que despues de la guerra de los treinta años, cuando el elector Carlos Luis bajó por sí mismo á sus bodegas para ver con sus propios ojos la maravilla de Juan Casimiro, se decidió en consejo que lo mejor seria hacer uno nuevo. Era esto lisonjear la manía de Carlos Luis, á quien los laureles de su tio impedian dormir. Mandó se hiciese un nuevo tonel, el cual, tanto por el tamaño, como por la riqueza, hizo olvidar á su predecesor. Pusiéronse los operarios á la obra, y el año 1664, el gran tonel II fué terminado; era una tercera parte mayor que el otro, y contenia doscientas veinte mil botellas. Además, dice la historia, tenia sentado delante, sobre un leon tendido, una estatua de Baco coronada de pámpanos, y en la animada actitud que conviene al padre de la embriaguez; parecia que hacia un llamamiento á los bebedores, y les presentaba con aspecto de triunfo en su mano derecha una grande urna cincelada, y en la otra una copa de proporciones no menos razonables.

Además, se habia dispuesto en la parte superior

del tonel una plataforma rodeada de una barandilla en la que cuatro personas podian bailar una contradanza.

Los poetas quisieron concurrir á la obra nacional celebrando á Carlos Luis: una multitud de cuartetos que prometian la inmortalidad á uno por el otro, se grabaron á los lados del coloso, y el buen elector cerró sus ojos en la confianza de que una vez ejecutada tal maravilla el tiempo no gastaria su nombre. El tiempo se portó perfectamente.

Carlos Luis habia dado su hija única á Monseñor, hermano de Luis XIV. El elector Carlos, su hijo, acababa de morir sin sucesion, despues de un reinado de corta duracion; Felipe de Orleans reclamó la herencia paterna que recaia toda entera en su mujer, herencia que le hubiese dado el derecho de votar en la dieta del imperio. Se le respondió que en Alemania no era costumbre que las hembras sucediesen en los señoríos, y que por tanto se debia contentar con la dote que habia recibido. Como á pesar de la validez de estas razones, no se satisfaciese Monseñor, y se quejase á su hermano, Luis XIV emprendió la famosa guerra del Palatinado.

De esto resultó para Heidelberg el incendio de 1689.

Por mas precauciones que se tomen, no se quema un castillo sin que las bodegas se resientan;

el calor de las llamas penetró hasta el tonel de Carlos Luis, el tonel chascó y se hundió.

Desgraciadamente habia otras cosas que hacer que pensar en acudir á sus gemidos, y por otra parte era de una corpulencia que no permitia se le trasportase. Le abandonaron, pues, al cuidado de Dios, y Dios, que probablemente tenia en aquel momento cosa mas preciosa que guardar, dejó al pobre tonel retorcerse, hendirse y saltar como su predecesor gran tonel I. En este deplorable estado permaneció cuarenta años.

En fin, gracias á la paz de Riswick que habia devuelto á Juan Guillermo los Estados paternos, los electores volvieron á tomar posesion, no ya del castillo de Heidelberg, sino de las ruinas de Heidelberg. Carlos Felipe habia oido hablar por tradicion de un gigantesco tonel que debia estar encerrado en las bodegas del castillo. Tuvo curiosidad de penetrar en ellas, y haciendo quitar los escombros de las escaleras, llegó á ver con gran trabajo el coloso.

Carlos Felipe era un apreciador de lo bello : le asombró la majestad que conservaba gran tonel II en su desgracia. Resolvió como hijo piadoso, reparar la obra de sus padres, y el año 1727, bajo la direccion del tonelero de la corte, Eugler, la maravilla de Carlos Luis, revisada, corregida y considerablemente aumentada, volvió á aparecer bajo el nombre de gran tonel III.

Pero esta vez se dió á la majestad nombrada de nuevo una guardia digna de ella ; era la estatua del bufon Perker, quien no se acostaba nunca sin haber bebido en el dia de diez y ocho á veinte botellas de vino : era difícil encontrar mejor paladion.

Desgraciadamente los grandes toneles se iban en compañía de los reyes. Por una desgracia que la historia de la dinastía báquica atribuye á la fatalidad, al cabo de veinte y tres años de reinado, gran tonel III falleció, atacado de una grieta invisible que hacia que nada le pudiese parar en el cuerpo.

Esta desgracia sucedió en el reinado de Carlos Teodoro, por el año 1750.

Carlos Teodoro tenia acerca de la legitimidad los principios mas positivos : mandó se preparase todo para la inauguracion del gran tonel IV ; pero instruido por la experiencia de lo pasado, no descuidó nada para asegurar á este cuarto monarca un reinado largo y tranquilo.

Los artistas se excedieron, y gran tonel IV hizo su aparicion en 1751, despues de haber devorado en su vasto recipiente doscientas treinta y seis mil azumbres, es decir, cerca de trescientas mil botellas.

Este coloso, mas feliz que sus predecesores, habiendo atravesado las guerras y las revoluciones, es

el que se presenta hoy á la curiosidad de los viajeros, para cuya mejor comodidad se han colocado á su alrededor, escalas, escaleras y galerías. Un pobre tonel comun, que parece de muñecas, está colocado entre él y la estatua de Perker, como punto de comparacion. No obstante, segun el parecer de los verdaderos aficionados, el pobre tonel enano vale mas con mucho que el orgulloso gigante: aquel está lleno, y este otro vacío.

Esta es la imagen del pueblo y de ciertas majestades del siglo XIX.

Como empezábamos á tener el estómago tan vacío como su majestad gran tonel IV, volvimos á la fonda, y oímos gran ruido en la sala de los estudiantes. Había habido un duelo notable por la mañana, y se había grandemente cerveza, en loor del vencedor, y á la curacion del vencido; y esto acompañado de *Hurra* y de *Wicallerallera* hasta no entenderse.

En otro tiempo, es decir, de 1806 á 1820, las universidades estaban divididas en tres secciones.

Había el Rey de los Asesinos, especie de Viejo de la Montaña, á quien estaban subordinados los iluminados, que debían por medio del puñal librar al mundo de sus traidores y sus tiranos. Estilo de la época.

Había el Rey de la Espada, especie de Don Quijote que debía, al menos tres veces por semana,

batirse para entretener la mano y conservar su poder.

Había, en fin, el Rey de la Cerveza, especie de esponja que debía beber, no tres, no seis ni doce botellas, sino estar bebiendo siempre.

Segun que cada uno tenía el genio republicano, caballeresco ó báquico, se agregaba á cada uno de sus tres poderes. Los había bastante ricamente dotados por la naturaleza para reunirse á los tres. Estos eran objeto de la admiracion general; se les señalaba con el dedo cuando pasaban, y *las mas antiguas casas, las mismas casas añejas* les cedían el paso, y con mayor razon, como se concibe, los *zorros, pinzones* y los *philistins*.

El Rey de los Asesinos se ha eclipsado. Acaso la majestad existe aun en algun subterráneo de la Baviera, en algun antiguo castillo de la Franconia, ó en alguna espesura de la Selva Negra; pero sea lo que quiera, no se oye hablar de él.

En cuanto á los otros dos reyes continúan floreciendo, y á pesar de estar el duelo severamente prohibido, no hay semana que no se verifiquen tres ó cuatro en cada universidad. Por lo demás, tranquilícense nuestros legistas, estos duelos, aunque siempre sangrientos, rara vez son peligrosos. He visto en Heidelberg un anciano doctor en cirugía quien me dijo que en cincuenta años próximamente que habitaba la ciudad, no había visto

mas que dos casos mortales: sucumben muchos mas bebedores que duelistas; lo cual prueba que la cerveza se digiere allí con mas dificultad que el acero.

Debe decirse tambien en honor de la verdad que el modo como beben algunos estudiantes tiene algo de milagroso. El Rey de la Cerveza de la universidad de Heidelberg, por ejemplo, bebe á eleccion doce frascos de cerveza ó seis de vino, es decir, doce botellas de zumo de lúpulo, ó seis botellas de zumo de uva, mientras dan las doce de la noche. Así no le llaman generalmente mas que *der trichter*: el embudo.

Por lo demás, la vida de los estudiantes es variada. Al amanecer, el *studiosus* despacha su duelo, si ha tenido la suerte de preparar uno. En el caso contrario, sirve de padrino á su camarada mas feliz que él; en seguida vuelve á almorzar, despues de lo cual asiste á la clase de filosofia, de teología, de medicina ó de botánica. A las once, vuelve á la sala de armas; al medio dia recorre la ciudad y los paseos, echando la mayor porcion de humo que puede por medio de su pipa, y el mayor ruido posible por medio de sus espuelas. Sigue algunas veces un curso particular cuya clase dura desde las dos hasta las tres. Quédale hasta las doce de la noche para hacer ladrar los perros, jurar á las muchachas, condenar á los

ciudadanos, y preparar su duelo del dia siguiente.

Cuando el estudiante tiene un duelo, entra en la taberna para buscar en ella padrinos, y decide con ellos, segun las reglas del *comento*, la gravedad del negocio.

Uno de nuestros mas célebres colaboradores ha publicado ya particularidades muy curiosas sobre esta parte de las costumbres del estudiante aleman. Nosotros hemos podido juzgar por nuestra misma vista de la realidad de esas noticias. Puesto que la ilacion de nuestro asunto nos arrastra, á nuestro pesar, séanos permitido completarlas con su continuacion, dando algunos nuevos detalles.

El *comento* es el código caballeresco de las universidades, el evangelio de los matones.

El *comento* entra en los mas minuciosos detalles sobre el grande asunto del duelo; contiene un catálogo de injurias, no por alfabeto, sino por progresion ofensiva: la escala de los términos injuriosos empieza por la palabra *imbécil*. La palabra *imbécil* exige una reparacion ruidosa: ratero no es mas que una bicoeca en su comparacion.

El que no exigiera una reparacion por la palabra *imbécil* seria castigado con el *werchiss*, ó pequeña excomunion, de la que puede ser relevado batiéndose en un tiempo dado con otro de sus camaradas; pero si deja pasar el tiempo sin rehabilitarse, es un hombre deshonorado y puesto en el

boletín del imperio universitario. Todos pueden desde entonces insultarle impunemente, sin verse obligados á darle satisfaccion.

El *comento* es al mismo tiempo el regulador de la venganza. Cada epíteto ofensivo tiene al márgen el número de los asaltos que exige. El estudiante sabe esto como nuestro industrial su código: deja á su arbitrio fijarse en la simple reclusion ó llegar hasta galeras.

Convenido el duelo, se previene al instante mismo á los celadores. Los celadores son la contrapolicía de los estudiantes; en Heidelberg hay cuatro. Los bravos se escalonan desde la puerta de la ciudad hasta la casita donde debe verificarse el duelo; porque, como se presumirá, estando severamente prohibido el duelo, no puede verificarse al aire libre. El sitio del combate es, pues, para la universidad de Heidelberg una posada pequeña situada en un valle en la vertiente opuesta del monte Kaisersthul. Los celadores reciben cuarenta sus siempre que están de servicio. Teniendo por objeto este gasto el honor del cuerpo, se saca de la masa comun; de modo que el mas pobre como el mas rico estudiante, está seguro al menos de batiirse tranquilamente.

Al dia siguiente, al amanecer, los celadores están en su puesto; unos lo pasan fumando, otros hablan con los aldeanos madrugadores que van á

la ciudad. Este está tendido orilla de un foso y duerme al parecer; aquel pesca en el Necker, pero todos dedican solo un ojo á lo que aparentan hacer, mientras fijan el otro en lo que realmente hacen.

Seguros que el camino está vigilado, salen los estudiantes; los adversarios y sus padrinos llevan la hoja de su *schlæguer* ó su espadon, desmontada. Esta hoja la guardan en el pecho y todo á lo largo por el muslo, y en un bolsillo el puño y en el otro el guardamonte. El cirujano de rigor lleva su estuche, sus hilas y sus vendas. En fin, los curiosos, porque los curiosos tienen siempre el derecho de ser admitidos, siempre que sean de la universidad, los curiosos van en seguida, y son como los escuderos del señor de Marlboroug, que no llevaban nada, ó como Jausion que llevaba tan solo su baston.

Todo lo largo del camino se pregunta á los celadores. Si los auspicios son contrarios, se da media vuelta á la derecha, entran en la ciudad, y el duelo se aplaza para el siguiente dia; si las señales cambiadas son tranquilizadoras, continúan su camino y llegan á la posada. El posadero conoce el negocio: trátase de derramar un poco de sangre en el suelo y mucha cerveza en la mesa.

La posada es una linda casita pintada de color de rosa y melocoton, y toda rodeada de flores.

Allí se baten toda la semana, y se baila los domingos y días festivos; porque se baila al otro lado del Rhin, á pesar de que todos los viajeros que han escrito acerca de aquel interesante país no han hablado mas que del wals. Verdad es que se necesitan trombones, redoblantes voluminosos y timbales para poner en movimiento á un alemán; pero una vez conseguido, no se detiene: es un coreógrafo al vapor; baila con la fuerza de ciento veinte caballos.

Por lo demás, el salón de baile y el de armas, están separados por un lindo jardinito donde hay mucha sombra y muchos perfumes. Esta es una atención del dueño de la posada, que ha querido que si había una disputa en el baile, se pudiese ventilar en el acto. Como se ve, la posada de Kaisersthul es un paraíso.

Al llegar al salón, los estudiantes empiezan por encerrarse en él con el mayor cuidado; después, mientras los padrinos arreglan las condiciones del combate con el *comento* en la mano, los adversarios van á vestirse.

En Alemania, país excéntrico si los hay, no se baten como entre nosotros para matarse sencillamente, se baten por batirse, y como batirse es un placer algo mas peligroso y mas vivo que los demás, no quieren privarse de él en poco tiempo. En consecuencia, en vez de quitarse el frac, se ponen otro

traje, ó mas bien se cubren con una armadura completa.

Esta armadura se compone de un fieltro de anchas alas que libra la cabeza y da sombra á los ojos; de un inmenso cinturón que semejante á una pechera de sala, defiende el pecho y el vientre; de una media maravillosamente rehenchida que en lugar de ponerse en la pierna, se pone en el brazo, y protege desde el hombro hasta el puño; en fin, de una corbata termidoriana que cubre las carótidas y la traquearteria: de modo que casi no se presenta al adversario mas que una pequeña superficie de la mejilla y la punta de la nariz.

Olvidaba una cazoleta que se sujeta á la hoja de la espada por medio de una virola, y que tiene tal extensión, que los burlones, vista su semejanza con el objeto indicado, la llaman la sopera de honor.

Añadamos que está prohibido dar estocada, y que no se puede herir mas que de corte.

Salvo la aplicación mas ó menos exacta de la palabra, no hay gran peligro para un estudiante, á pesar de algunas sangrientas excepciones, en ser llamado imbécil.

Entre cada asalto, y mientras los combatientes descansan sobre la punta de su espada, dos mozos barren los pedazos de sombrero, de cinturón, de corbata y de manguito que los adversarios han



hecho saltar luchando; despues, dada la señal, vuelve á comenzar el combate para cesar ó comenzar otra vez, hasta que las prescripciones del *comento* se hayan cumplido rigurosamente. Sucede frecuentemente que el duelo se termina, no sin dolorosas contusiones, pero sin heridas graves.

Se han desollado : hé aquí todo.

Es preciso que el gobierno prusiano sea un gobierno muy paternal para prohibir semejantes distracciones.

No quise partir de Heidelberg sin hacer mi visita á la posada de Kaisersthul, pero no teniendo el honor de ser estudiante, no pude ser admitido mas que en la sala de baile.

Como no habia en aquel momento ni bailarines ni orquesta, se comprende que no presentaba un interés bastante vivo para detenerme por mas tiempo. Volvimos inmediatamente á Heidelberg, y como no eran mas que las dos de la tarde, hicimos enganchar los caballos al carruaje y nos dirigimos hácia Carlsruhe, á donde no llegamos hasta las once de la noche.

## CARLSRUHE.

Al dia siguiente por la mañana, al abrir mi ventana, desde la fonda de Inglaterra, ví que tenia ante mis ojos la mas hermosa vista de Carlsruhe, es decir, la plaza del Mercado.

Carlsruhe es una capital en miniatura ; tiene en pequeño lo que las demás ciudades tienen en grande : un teatro, una iglesia, una pirámide y un obelisco. Como no hay mas que una plaza, el gran duque tiene todos esos monumentos á la mano, lo cual no deja de ser cómodo. Además, como la ciudad está dispuesta en forma de abanico, y como todas las calles tiradas á cordel desembocan en el castillo, S. A. no tiene mas que ponerse al balcon, y simplemente con la vista, ve todo lo que pasa en su capital ; lo cual debe simplificar singularmente el empleo de esa honorable institucion llamada policia.